

LA CAZA DEL VENCEJO Y UNA "INSIGNE ESCOPETA"



Los vencejos después de pasar el invierno en el África y en el Sur de la India, habitan entre nosotros desde el día de Santa Cruz de Mayo en que generalmente hacen su aparición, hasta Santa Cruz de Septiembre en que desaparecen agrupados en grandes bandadas. Durante este tiempo cruzan con estrepitosa algarabía las calles de nuestras ciudades, y revolotean con incesante movimiento al rededor de los campanarios y demás edificios altos y antiguos de nuestras aldeas, cuyos tejados y grietas eligen como moradas favoritas para sacar la cría. Su reino es el aire y tan torpe es en el suelo, que si alguna vez baja, le cuesta mucho el levantarse y ni siquiera puede arrastrarse. Se agarra con las zarpas á la tierra y al extender sus largas alas para elevar e vuelo, choca con ellas en el suelo, dificultando sobremanera su ascensión. Se alimenta de mosquito y otros pequeños insectos que caza al vuelo, pasando con la celeridad del rayo, y abierta su ancha boca, por donde estos se hallan agrupados.

Es un ave en alto grado viva, inquieta, movediza y fugaz. Desde los primeros albores de la madrugada hasta los últimos rayos del crepúsculo nocturno, vuela arriba y abajo, describiendo grandes arcos. El vuelo de esta ave se caracteriza tanto por su fuerza y agilidad como por su resistencia verdaderamente inquebrantable, y cruza los aires con insuperable rapidez. Sus arqueadas alas se agitan á veces con tanta fuerza y rapidez que no se las ve sino confusamente. Sin embargo, las despliega luego de repente, y se mece y se cierne magníficamente, sin ningún movimiento visible de las alas. En su vuelo admirable, todas las posiciones le son posibles: vuela arriba y abajo con la misma facilidad, verifica fácilmente toda clase de evoluciones, describe arcos cortos con la misma soltura que los más extensos, sumerge casi sus

alas en el agua y pocos segundos después desaparece á inmensurable altura.

La caza de un ave de estas condiciones, se comprende que debe ser muy dificultosa, por cuyo motivo, sólo se dedican á ella los tiradores expertos, ó los que quieren perfeccionar su puntería, eligiendo al efecto durante aquellas interminables horas en que el sol abrasador del estío languidece y enerva nuestros sentidos, la grata sombra que proporciona el vetusto palacio ó la iglesia del pueblo, a cuyo rededor giran las veloces aves en bulliciosas bandadas.

Hay aficionados que tiran al centro del alegre tropel, y otros que dirigen su puntería á la grieta donde se agarra el vencejo antes de entrar en Su nido, pero estos métodos si bien dan mejores resultados al cazador, no son meritorios para el tirador. La dificultad está en matar al vencejo aislado y fuera de bandada, sorprendiéndolo en su vertiginosa y sinuosa carrera.

Hace algunos años, cuando las escopetas y los buenos tiradores no abundaban tanto como hoy, un famoso Rector de aldea, poseedor de un apellido que un hermano suyo hizo célebre en Europa, llegó á adquirir tal renombre de diestro tirador, que despertando la emulación de otros que se tenían en igual concepto, hubo quien desde la corte de España vino á probar sus fuerzas con él.

El verano de 1830 un Guardia de Corps que acompañaba á los Reyes de España en su viaje á estas provincias, y tenía fama de ser una de las mejores escopetas de la nación, pasó en compañía de varios amigos á la villa de Ormaiztegui, é invitó á una prueba al Rector don Eusebio de Zumalacarregui, á quien se refieren estas líneas.

Aceptado el reto, convinieron las condiciones que habían de regir, siendo la principal el disparar ambos alternativamente, tirando el uno al vencejo que señalase el otro.

Situáronse detrás de la iglesia parroquial y dió comienzo la pelea disparando Zumalacarregui su escopeta y matando la pieza señalada por el Guardia de Corps. Tiró este seguidamente matando también la señalada por Zumalacarregui.

Seis piezas llevaba cobradas el Rector y otras tantas su contrincante, sin que ninguno errara en su turno.

Disparó de nuevo el cura y cayó destrozado el séptimo vencejo suspiés. Disparó el Guardia y el vencejo siguió su marcha.¹

(1) En el detalle que sigue, nuestro relato varía algo del que hace el notable

—Reconozco, amigo mio, dijo éste, que tira V. mejor que yo.

—No sé, contestó el cura, si soy mejor tirador, pero tengo mejor vista que V.

—¿Por qué dice V. eso?

—Porque ese vencejo va herido; yo lo he conocido y V. no. La prueba es, que en este momento cae á tierra.

En efecto, pasaron al maizal de Lapatza, y en el punto indicado, apareció muerta la décima cuarta pieza.

Dando por concluida la prueba, pasaron en amigable consorcio á la casa rectoral los actores y testigos de aquella contienda. Se componía la comitiva, además de los referidos militares, de algunos rectores y coadjutores de Cerain, Mutiloa, Gabiria, Ezquioga é Ichaso, que, diariamente, tenían por costumbre reunirse en Ormaiztegui, atraídos en parte por la amena conversación de Zumalacarregui, cuya inventiva y gracejo eran verdaderamente notables, y en parte también por la afición ai solo, ai tresillo ó á verlas venir, que de todo solía haber en aquellas alegres tertulias de grata recordación todavía para los pocos sobrevivientes que en el mundo quedan.

Sentados todos al rededor de una mesa, bajo el emparrado de la huerta rectoral, cuyos muros lame el río Eztanda, quejándose con sus blandos susurros de que le desvien su curso, despacharon alegremente una frugal comida bien sazónada de alegres y multicolores chistes que á borbotones derramaba Zumalacarregui, arrancando de los comensales sonoras carcajadas que se perdían en el espacio confundidas con el bullicio y la algarabía que producían las alegres bandadas de vencejos, que, casi rozando sus cabezas, celebraban otro festín, persiguiendo al mosquito.

Sirvióse á los postres variada fruta de la misma huerta, recogida con el fresco de la mañanita y veíanse sobre el blanco mantel diversas clases de fresas, peras, ciruelas y uvas que por su sazón y selecta calidad, atestiguaban la buena orientación de su propiedad y el cuidado de una mano inteligente, porque es de advertir que en esto como en todo aquello á que dedicó sus aficiones Zumalacarregui salió de lo vulgar y ordinario, gracias á su clara inteligencia. Mandó sacar de la pozadera ó pozo, que inmediato á la mesa estaba, la última botella de

investigador D. Nicolás de Soraluze en su Historia. Nos atenemos á la tradición que en el pueblo existe.

buen vino nabarro, fresco como el hielo, y entre sorbo y sorbo, fué nuestro anfitrión relatando las mil proezas ejecutadas con su escopeta en aquellos cómodos cazaderos, acaso los más descansados de Guipúzcoa. De tal magnitud debieron ser sus hazañas, que aquella experta concurrencia le confirió, por aclamación, el título de *insigne escopeta*.

Si acreditado estaba como cazador, no lo estaba menos como buen pescador, y se dice de él, que, cuando esperaba algún convidado, tendía el anzuelo desde la ventana de la cocina, con un cebo especial de su invención, poniendo un cascabel en el otro extremo de la cuerda que quedaba dentro de la cocina, y cuando este empezaba á sonar, le sorprendía á su visitante, haciéndole sacar por sí, desde el interior de la casa, la anguila que estaba cogida en la cuerda.

Como se ve, era Zumalacarregui buen cazador, pescador y agricultor, y como orador sagrado estaba reputado por uno de los mejores del país.

Fué generoso en dar y no menos en pedir, pero á pesar de esta segunda cualidad, que es excelente para retraer á las gentes, se veía su casa continuamente llena de amigos que iban á disfrutar de su amena conversación y disponían de cuanto tenía, como de cosa propia.

Pero su nota saliente, la que ha dejado imperecedero recuerdo en la comarca, ha sido su gracejo en el decir y su despreocupación en el obrar.

Para dar á conocer mejor á nuestro hombre relataremos algunos episodios suyos.

Siendo él Rector, murió un vecino en uno de los caseríos más lejanos de la villa. Durante la noche cayó una copiosa nevada, y á la mañana siguiente, en vez de subir al caserío, como era costumbre, á buscar el cadáver, avisó que lo bajasen á la carretera, donde él esperaría; pero en vez de bajar el cadáver se presentó un propio á la hora señalada, diciendo, en nombre de los allegados, que no conducirían el cadáver si no subía á buscarlo.

—Diles á los que están esperándome—contestó el Rector,—que lo guarden para cecina, que lo que es yo no subo á buscarlo, y se volvió tan fresco á casa, sin ocuparse más del asunto, hasta que le dieron aviso de que el cadáver estaba en la carretera.

Entonces, como ahora, los frailes que salían á hacer su cuestación por los pueblos, acostumbraban á caer á eso de las once y media en la casa rectoral.

Por ser Ormaiztegui un pueblo situado en la carretera general, las visitas de este género debían menudear más de lo que convenía á los intereses de nuestro Rector, y para evitarlas, puso en juego un medio que le dió excelentes resultados.

Mandó hacer un hábito de fraile, y su criada, que estaba del todo conforme con él, se encargaba de colgarlo al medio día en el balcón,

El fraile que, creyendo llegado el fin de la jornada, se acercaba para las doce á la mesa rectoral, y veía sobre la puerta colgado un hábito, pensaba lógicamente que pertenecía éste á otro que llegó antes que él, y por no abusar de la hospitalidad del dueño, seguía su camino, dejando á éste enteramente libre de gravámenes.

*
* * *

En otra ocasión murió en la Habana, intestado, un guipuzcoano richachón. Se hizo un llamamiento á los que se creían con derecho á su herencia y surgieron parientes del *indiano* en casi todos los caseríos de la provincia. No era fácil á los aldeanos probar por sí la filiación con el difunto, y se encargó de ello Zumalacarregui en unión con un pariente suyo, estableciendo en su casa la oficina.

Era de ver el número de parientes que, con las hidalguías puestas en limpio, acudían á demostrar su parentesco y entablar la correspondiente reclamación á la cuantiosa herencia. Para todos tenía nuestro Rector palabras de consuelo y esperanza.

A un casero que se le presentó pobremente vestido, le dijo:

—¿Te atreves á presentarte en mi casa con ese elástico y esas abarcas? Con lo que á ti te toca de esta herencia, debías andar paseando en coche con levita y zapatos de charol.

A otro que con insistencia le rogaba para que defendiera con ardor su derecho, le decía:

—¿Ves este árbol genealógico? ¿Ves este que se halla el primerito á mano derecha del difunto? Pues este es el lugar que á tí te corresponde, y será para tí, antes de mucho, la calle más principal de Cádiz.

De esta manera, volvían todos contentos y satisfechos á sus hogares, y sólo Dios sabe el número de huevos, pollos, capones y corde-

ros que de todos los ámbitos de la provincia entraron aquel año en la casa rectoral de Ormaiztegui.

Otras muchas cosas se cuentan en la comarca, de tan famoso personaje, pero con lo dicho basta para formar una idea de su carácter.

SERAPIO MÚGICA.

GABARI

AIREA: *Inchauspeko alaba dendaria.*

Gau alaitsu eder diruriyena
Dagoela munduen kontuan,
Irristarán dua errekachoa
Mur mur isill legun paketsuan.

Itzalpean daude mendi goitiyak
Landa, baso, borda ta ibarrak,
Eztu iñoiz bezela dizdiatzen
Zeru zabal altuko izarrak.

Urrutitik dator itsasoaren
Baga kişkur urratuen otsa,
Itsas-chori larrituen negarra
Maluratzen duena biyotza.

Artzaichoak kontuz arditegira
Daramazki bildurik ardiyak,
Nekazari sufrituak baserri
Ozpelera ganadu nagiyak.

Sukaldean afari eskaschoa
Emaztea moldatzen ari da,
Pake santu gozotsuan jateko
Errezuak lenengo eginda.

Alkichoan umeak eserita
Isiltasun aundiyan daudela,
Aitonaren kontuchuak entzunaz
Aingeruak zeruan bezela.

Aitonaren esku gana muñdu ta
Nola beren gurasoarenak,
Fede biziz gabonak eman eta
Lotaratzen dira ume denak.

Urrutiyán dorre gaindu batean
Argicho bat ikusitzen dala,
Bere jiran odoi illun pisuak
Nagikiro mugitzen dirala.